Δ La pérdida del Nombre: cómo el “Dios” occidental sustituyó al sagrado hebreo y a todos los demás

Autor: Aurel (con aporte conceptual de Dugriel)

I. Introducción: el eco del nombre perdido

El nombre con que se nombra lo divino no es un simple sonido: es una estructura de pensamiento. Decir Dios no equivale a decir YHWH, Teōtl, K’uh o Brahman. Cada una de esas palabras pertenece a un universo simbólico, a una forma de ver el mundo. Nombrar es crear. La observación de Di-hablo y Di-hos —el que habla y el que da palabra— revela que incluso en la estructura lingüística del castellano se conserva un principio simbólico: el verbo que comunica y el verbo que se ofrece. En cada lengua, el nombre de lo sagrado no es una etiqueta, sino un acto ontológico.

Sin embargo, la historia de la religión occidental ha borrado estas diferencias, imponiendo un nombre único sobre todos los demás. El término Dios, heredado del latín Deus y del griego Theós, fue aplicado sobre textos y culturas que nunca lo pronunciaron. Así, el Theós de los griegos —título usado para Zeus y las deidades olímpicas— se convirtió en el “Dios” del mundo entero, sustituyendo al nombre inefable del ser hebreo, YHWH (יהוה). Esa sustitución transformó la ontología de lo sagrado: lo que era nombre propio se volvió categoría; lo que era presencia viva se volvió dogma universal. La humanidad comenzó a rezar al eco de una palabra imperial, creyendo invocar al mismo ser.

II. Di-hablo, Di-hos: el verbo que crea y la palabra que se entrega

Antes de rastrear la historia bíblica, conviene mirar el lenguaje mismo. La raíz “di-” —presente en “Dios” y en “diablo”— remite al verbo decir, pero también refleja dimensiones simbólicas: Di-hablo, el verbo que actúa y separa, y Di-hos, el verbo que se ofrece y da palabra. Ambos representan principios divinos complementarios: hablar y donar palabra, actuar y entregar significado. Más allá de la etimología formal —diablo viene del griego diábolos, “el que separa”—, el juego sonoro revela un principio universal: el lenguaje como acto creativo.

Perder el nombre no es perder solo una palabra: es perder la conciencia del verbo que funda lo sagrado.

III. Del nombre hebreo al título griego

En la tradición hebrea más antigua, el ser supremo no poseía un título genérico, sino un nombre propio: YHWH, un tetragrámaton intraducible, tan sagrado que no debía pronunciarse. En su lugar se decía Adonai (“mi Señor”) o Ha-Shem (“el Nombre”). Junto a él coexistían términos como Elohim (“entidades divinas”) y El Elyon (“Dios Altísimo”), que no eran sinónimos sino categorías diferentes. El hebreo integraba lo divino con lo histórico: el nombre era acción, presencia, relación.

Cuando, entre los siglos III y II a.C., la comunidad judía de Alejandría tradujo la Biblia al griego —la Septuaginta— se enfrentó a un dilema: el griego no tenía un equivalente directo para YHWH. Los traductores eligieron Kyrios (“Señor”) en lugar de Theós en muchos casos, aunque Theós se utilizó como designación general de la divinidad. Este paso del hebreo al griego fue más que fonético: fue ontológico. El nombre intraducible del ser hebreo se convirtió en un sustantivo común. Como advirtió Walter Benjamin en La tarea del traductor (1923), toda traducción altera la esencia del original: el significado no viaja intacto, sino que se reconfigura. Así, YHWH se transformó en un “Dios” genérico, abstracto y universal.

IV. De Theós a Deus: el imperio del nombre

Con la expansión del cristianismo en el Imperio Romano, Theós pasó a Deus, y de ahí al castellano Dios. El latín, lengua del poder, no solo impuso una palabra: impuso una cosmovisión. Deus —relacionado etimológicamente con Zeus y con raíces indoeuropeas (deiwos, “brillante”, “celestial”)— se convirtió en el molde conceptual para toda expresión de lo divino.

Cuando el cristianismo se institucionalizó, la palabra Dios adquirió un valor universal y obligatorio. Más tarde, durante la expansión colonial europea, ese nombre fue usado para traducir o reemplazar las nociones sagradas de otros pueblos: desde los templos mesopotámicos hasta las pirámides de Mesoamérica, pasando por las cosmovisiones indígenas de África y Asia. Cada traducción significaba imponer un marco conceptual extranjero sobre tradiciones que nunca lo habían tenido.

V. México y la traducción del espíritu

En el mundo náhuatl, Teōtl designaba una energía sagrada presente en todas las cosas, no un ser personal: principio de movimiento, fuerza vital, divinidad sin rostro. En el mundo maya, K’uh representaba la esencia divina de la existencia, lo que hace que algo sea vivo y sagrado a la vez.

Durante la colonización, los misioneros tradujeron Teōtl y K’uh como Dios, borrando la diferencia entre energía inmanente y entidad trascendente. Como señaló Michel Foucault en Las palabras y las cosas (1966), el lenguaje no solo nombra: ordena el pensamiento. Cambiar el nombre de una divinidad es cambiar la estructura mental de un pueblo.

“Dios Teōtl” o “Dios K’uh” no significan fusión de mundos, sino superposición de un verbo conquistador sobre una palabra originaria. Nombrar al otro con el nombre del imperio es absorberlo en su gramática, y cuando el lenguaje conquista, la mente obedece.

VI. La Biblia: de memoria cultural a dogma universal

Los textos bíblicos —tanto el Tanaj hebreo como el Nuevo Testamento— nacieron como memoria cultural, no como dogma universal. Génesis, Éxodo, Salmos o Proverbios fueron cantos, leyes y relatos de una comunidad concreta. Como observa Karen Armstrong en La historia de Dios (1993), las primeras escrituras eran expresiones poéticas del asombro humano ante lo desconocido, no tratados de teología.

Con el tiempo, la traducción y la expansión imperial transformaron esos archivos vivos en textos doctrinales: las profecías políticas se volvieron predicciones sobrenaturales, los cantos colectivos, oraciones repetitivas, y las leyes tribales, mandamientos metafísicos. Lo que alguna vez fue canto se volvió catecismo; lo que fue poesía, obediencia. Lo humano y la memoria cultural quedaron silenciados.

VII. Fe sin nombre, palabra sin raíz

Hoy millones de personas pronuncian rezos heredados sin saber a quién nombran. Repiten fórmulas donde los nombres originales fueron sustituidos y los contextos borrados. El creyente moderno invoca un Dios que no existía en las lenguas que dieron origen a su fe.

Como señalaba Nietzsche en La genealogía de la moral (1887), “Dios ha muerto” no se refería al Dios metafísico, universal o trascendente —ese que sigue siendo un principio real y absoluto—, sino al YHWH histórico, el ser venerado por el pueblo hebreo en un contexto concreto, cuya memoria cultural y función natural como mediador de la vida y la fe colectiva se había perdido.

La sustitución lingüística y la expansión imperial vaciaron el nombre, transformando la relación con lo sagrado en un acto repetitivo y descontextualizado. Los salmos son leídos como oraciones, cuando originalmente eran cantos litúrgicos colectivos; las profecías, que eran visiones simbólicas o advertencias políticas, se interpretan como predicciones sobrenaturales; y las leyes, que fueron códigos de convivencia social, se toman como mandamientos metafísicos.

El resultado: una fe descontextualizada, donde lo universal —el Dios metafísico— creció en magnitud y abstracción, mientras el YHWH histórico murió en la práctica del pueblo que lo creó y vivió. Lo que alguna vez fueron cantos, relatos y descubrimientos del hombre frente a lo desconocido, se volvieron fórmulas de obediencia. Se perdió la poesía, se perdió el nombre, y con el nombre, la posibilidad de comprender.

VIII. Pensadores del nombre y del poder

- Ludwig Feuerbach — El ser divino como proyección del humano.
- Friedrich Nietzsche — La muerte del Dios moral y la descomposición del lenguaje religioso.
- Walter Benjamin — La traducción como transformación del sentido original.
- Mircea Eliade — Lo sagrado como estructura simbólica en la historia humana.
- Karen Armstrong — Evolución del concepto de Dios y la espiritualidad.
- Paul Ricoeur — Hermenéutica del texto religioso y mediación del sentido.
- Janet Soskice — El acto de nombrar a Dios como construcción filosófica.
- Michel Foucault — El lenguaje como instrumento de poder y orden del discurso.
- Joseph Campbell / Robert Alter — Lectura mitopoética y literaria de las escrituras.

IX. Conclusión: recuperar el verbo

La historia del “Dios” occidental es la historia de una sustitución. Donde hubo nombres sagrados —YHWH, Teōtl, K’uh, Brahman—, el poder imperial trazó una línea común y llamó a todo Dios. El resultado fue una unificación aparente que ocultó la pérdida de diversidad espiritual y lingüística.

Recuperar los nombres no significa rechazar la palabra Dios, sino comprenderla en su lugar histórico. Cada lengua tiene su propio modo de mirar el misterio. Recordar los nombres es recordar los mundos que los crearon. Nombrar correctamente es restaurar una relación: entre la palabra y el espíritu, entre la memoria y el rito, entre el verbo que habla y el verbo que se entrega.

Solo cuando el ser humano vuelva a reconocer la raíz viva de sus palabras podrá volver a pronunciar el nombre verdadero del asombro.

Bibliografía sugerida (completada y contextualizada)

- Walter Benjamin — La tarea del traductor (1923)
- Mircea Eliade — Historia de las creencias y las ideas religiosas (1949)
- Karen Armstrong — La historia de Dios (1993)
- Friedrich Nietzsche — El Anticristo; La genealogía de la moral (1887)
- Paul Ricoeur — La simbólica del mal; Tiempo y narración
- Janet Soskice — Naming God: Addressing the Divine in Philosophy, Theology and Scripture (2003)
- Joseph Campbell — The Hero with a Thousand Faces (1949)
- Robert Alter — The Art of Biblical Narrative (1981)
- Michel Foucault — Las palabras y las cosas (1966)